

¡A Dios! hermosa mia, buenas noches.

— ¡Hasta mañana, amiga mia! Me levantaré temprano para pasearme por el campo.

— Yo la acompañaré á vm., querida mia.

Se separaron estas señoras bajándose madama Destival al salon en que no encontró ya á Dalville, que habia entrado tambien en su cuarto; hizo otro tanto la señora y llamó á Julia para que fuese á desnudarla.

CAPITULO VI.

LA SOCIEDAD VUELVE A PARIS.

Se pasó la noche: ¿habia calmado su sombra protectora el mal humor de la señora Destival y reparado las fatigas de su esposo? ¿Se habia propuesto Dalville ser juicioso y Bertrand ser sobrio? ¿Se habia consolado la viva Atalia de haber dormido con su marido, y el señor La Tomasiniere habia dormido

bien junto á su mujer? Estos son misterios en que yo no estoy iniciado.

Todo cuanto sé es que madama Destival se levantó pensando todavía en la amable confianza que le habia hecho su amiga la noche anterior antes de acostarse, y que se dijo á sí misma vistiéndose: — La coqueta ha hecho cuanto ha podido para asegurarse la conquista de Augusto. Yo he visto mientras cantaban sus arrumacos, sus sonrisas... ella espera sin duda recibir esta mañana una declaracion en forma; pero yo no estoy de humor de consentirlo, señora; estaré allí, no los perderé á vms. de vista, y no sufriré que en mi casa pasen semejantes intrigas... ¡Ah! las mujeres tienen en el día tal coqueteria!... Pongamos esta rosa en mis cabe-

llos... esto me va mejor que esta cinta... ¡Dios mio! que mal están hoy los papelillos de mis rizos... Luego nos quejaremos de que los hombres piensan desfavorablemente de nuestro sexo... pero no se les autoriza para ello conduciéndose de esa manera... Al primer encuentro dejar conocer á un hombre que nos gusta... ¡eso es horroroso! y una mujer de veinte años... que á lo mas hace dos que se ha casado..... ¡Ah! señor Augusto, vm. no merece que se le quiera.

Al quitarse el señor Destival el pañuelo de Indias que se ponía en la cabeza por la noche, fué á colocarse delante de su espejo y se presentó las armas con un vaso nocturno que olvidó meter debajo la cama. No acordándose que estaba en camisa, Destival, que ha-

bia soñado que destruiria todas las fieras del contorno, dió la vuelta de su cuarto á paso redoblado y apuntando con las tenazas á su cabecera; pero en aquella noble posicion se presentó á su imaginacion el recuerdo de las cuarenta pesetas que habia perdido la víspera al ecarté, y como no se arreglaban sus negocios haciendo el ejercicio, volvió nuestro hombre á sentimientos mas pacíficos y se vistió, no pensando mas que en los medios de ponerse tan rico como La Tomasiniere, afin de poder perder al juego algunos pesos sin dejar por eso de estar de buen humor.

Dalville habia soñado un poco con la petimetra, un poco con la joven lechera, un poco con madama Destival, y aun con algunas otras, como quien no tenia

en su corazon un sentimiento exclusivo; y se dejaba llevar de todas las sensaciones, de todas las ilusiones y de todos los caprichos de su imaginacion. Se levantó sin un plan decidido de conducta, sin ánimo de ser mas juicioso ni mas emprendedor, sin intencion de formar una nueva intriga: la casualidad será la que lo decida y las circunstancias las que lo hagan obrar... Seguirá los impulsos de su corazon ó mas bien los estímulos del placer. Para un atolondrado, no era del todo desacertada esa manera de vivir: abandonarse á los acontecimientos, no calcular nada de antemano, pero aprovecharse al paso de todas las ocasiones de ser feliz. Si en esto consiste el atolondramiento, se parece tambien mucho á la filosofia, lo que no tiene nada de ex-

traño, porque los extremos se tocan.

Bertrand se habia levantado antes la aurora, siempre dispuesto á ejecutar las órdenes de su amo, aun cuando vituperase su conducta; el veterano cabo de escuadra, estaba muy contento de la comida del dia anterior, porque el vino de Beaune habia estado abundante, y tanto los lacayotes, como Bautista y Toni, al echar sus trinquis con él, habian escuchado con respeto la relacion de sus campañas; y se paseaba por el terrado, dispuesto á dar al señor Destival una leccion de ejercicio, acomodándose perfectamente con la vida que se llevaba en su casa de campo.

La petimetra, cuya cabeza era tan lijera como su corazon, se habia levantado muy trempo, y antes que su ma-

rido se despertase; habia dormido mal; mil pensamientos le habian pasado por la imaginacion; pero el principal en ella era el deseo de agradar y de brillar...

Este era el punto al redor del cual los demas sentimientos no obraban mas que movimientos de gravitacion, sin poder desarreglar el curso del astro á que estaban supeditados.

Por lo que toca al señor La Tomasiere, no se habia despertado en toda la noche, y en sus sueños se habia visto señor de una provincia, condecorado con tres cruces, con un gran cordon y una placa, y aun mas rico, mas pagado de sí mismo, mas insolente que nunca. Luego de repente se habia visto en la taberna del *Asno sabio* sirviendo vino á los aldeanos que lo trataban con mucha

marcialidad. El diablo del sueño no respeta nada; quita de su puesto á los hombres mas poderosos y obra singulares revoluciones; hace de un rey un pastor, y eleva algunas veces á un labrador al trono, mezcla un gran señor con los mas simples plebeyos; hace de un ministro un pobre diablo, sin pan, sin trabajo, sin recursos y muriéndose de hambre en un desván; trasforma al banquero en dependiente que tiene que trabajar catorce horas al dia para ganar tres pesetas; al poeta que vende su pluma en charlatan precisado á ir á dar vueltas delante de una asamblea que le paga despreciándolo. El muestra á la mujer entretenida el hospital, á la pública la casa de las recojidas, á los jóvenes que frecuentan las casas de juego

el presidio ó el suicidio; recuerda al que salió de la nada su humilde nacimiento; al que está en alto destino las injusticias que ha cometido; al hombre sin honor los desaires que ha sufrido; y todas estas gentes hacen como el señor La Tomasiniere, se despiertan gritando que tienen una pesadilla... y atribuyen estos malditos ensueños á una mala digestion. Se guardarian muy biende hallar en esto un recuerdo de lo pasado y una leccion para el porvenir.

No habia dejado la noche señal alguna de la borrasca del dia anterior. El cielo estaba puro, la campiña parecia mas hermosa, los árboles brillaban con un verde que el polvo no deslucia; las flores estaban mas frescas, los arroyos mas estrepitosos, todo convidaba á gozar de

las bellezas de la naturaleza, por cuyo motivo estaba ya sin duda Augusto en el jardín, detenido en el umbral de la puerta que da al patio, indeciso de si iría á pasearse por los campos, ó si permanecería en la casa. Mientras tanto, estaba Atalia en el fondo del jardín, sentada bajo un bosquecillo, recojiendo flores, mirando á derecha é izquierda si parecia alguno á hacerle compañía; y madama Destival se paseaba en una calle de árboles vecina, dispuesta á reunirse á las personas que presumia hallar en el jardín.

De repente oyó Augusto una voz que no le pareció desconocida gritar: — Hola... Pigardo... hola pues... ¿no sabes que nos detenemos aquí? Y en el mismo momento entraba una lechera

con sus garrafas de oja de lata en el patio de la casa del señor Destival; hizo Augusto una exclamacion de júbilo al reconocer á Dionisia, y se abalanzó al patio delante de la linda lechera.

— Es vm. encantadora Dionisia...

— Sí, señor, soy yo... no le dije á vm. ayer que venia todas las mañanas á traer aquí leche... ¡Ah! ¡me alegro mucho de haber vuelto á encontrar á vm., señor!...

— ¿Es verdad, Dionisia, que deseaba vm. verme?...

— Sí, señor... ¡Oh! lo deseaba mucho... ¡Ah!... ¡es tan hermoso lo que vm. ha hecho!... prueba tanta generosidad... y aunque sea vm. demasiado amigo de requebrar á las muchachas,

no importa, se lo disimulo á vm. á causa de eso.

— ¡Eh, Dios mio! ¿pero qué he hecho yo, Dionisia, que me produce todos esos cumplimientos?

— ¿Y Coco... y su olla... y su anciana abuela? ¿no se acuerda vm. ya de nada de esto?

— ¿Cómo sabe vm. todo eso, Dionisia?

— ¡Ah! ¡pardiez! en el campo todo se sabe. La anciana abuela ha ido al pueblo á comprar muchas cosas; Coco la acompañaba, y contaba á todo el mundo que un buen señor le habia dado mucho dinero para comprar otra olla: hacia la abuela su retrato... ¡Ah! al instante caí en la cuenta de que era vm. Es lástima que el tio Calleux

sea un borracho... toda la noche la ha pasado en la taberna bebiéndose el peso que vm. le dió... y no tardará en comerse tambien el dinero que dejó vm. para Coco... pero, caramba, eso no es falta de vm.... y vm. ha sido bastante bueno para ellos...

— Yo no he hecho mas que una cosa muy natural, Dionisia, y me hallo bien recompensado de ella en este momento.

Se habia animado Dionisia, contando á Augusto lo que sabia, y las miradas del joven la hicieron ponerse aun mas colorada. Bajó los ojos sonriéndose, y estuvo algunos instantes con los brazos caidos delante de el que la estaba considerando, y su rudeza, su embarazo, su tosco zagalejo de lana, daban mu-

cho realce á los hechizos de su linda figura.

Volvió por fin á tomar la lecherita sus garrafas que habia puesto en el suelo, y dijo : — Tengo que ir á llevar la leche á la doncella Julia , para estas horas ya suele estar levantada...

— Un momento mas... Dionisia , se lo suplico á vm.

— ¿ Tiene vm. algo que decirme , señor?...

— ¡ Oh ! sí... primero que me parece vm. aun mas hermosa que ayer...

— ¡ Oh ! si es para eso , ya me puedo ir.

— Un instante pues... Dionisia , ¿ conozco que cuanto mas la veo á vm. mas la amo!

— Pues bien , no hay necesidad de verme , señor.

— ¿ Le incomoda á vm. el que yo la ame?...

— ¡ Oh ! no... ¡ porque yo me persuado que eso no es peligroso !

— ¡ Ah ! si vm. quisiera oirme...

— A Dios , caballero.

E hizo un movimiento Dionisia para alejarse ; pero Augusto le cojió la mano y la detuvo , mirándola con la mayor ternura , con demasiada ternura para un veleidoso acostumbrado á mirar así á todas las mujeres bien parecidas. Los ojos de un seductor no deberian expresar mas que la inconstancia ; ¡ desgraciadamente los ojos se prestan á todo ! Acaso Dalville experimentaba tambien un sentimiento verdadero , ¿ qué se sabe?.. ¿ Y

quien puede leer en el corazon humano ?

En aquel momento entró Bertrand en el patio ; se aproximó á su amo que no lo vió llegar y le dijo :

— ¿Me ha llamado vm., señor ?

— ¡Eh no ! no te he llamado , respondió Augusto con enfado dejando la mano de Dionisia, siempre vienes tan inoportunamente ; ¡no se interrumpe á las gentes cuando están en conversacion !

— Perdone vm., mi teniente , yo no le oia á vm. decir nada, y no sabia que se estaba en conversacion sin hablar.

— Déjanos, Bertrand.

Dió Bertrand una media vuelta á la izquierda para volver al jardin ; pero al pasar por delante de Dionisia , que sin cesar de decir que queria irse no se iba

y parecia estar muy ocupada con sus quesitos, dijo el cabo de escuadra á media voz á la joven : — Guárdese vm.

Se acercó Augusto á Dionisia que hizo un movimiento de sorpresa.

— Qué tiene vm., le dijo.

— Nada, señor.... pero es preciso marcharme....

— Dionisia. ¿ quiere vm. hacerme un favor ?

— ¡ Oh ! sí, señor, con mucho gusto, con tal que dependa de mí.

— Estimo á ese niño que encontré ayer en el camino.... su linda figura, su carita franca , todo me habla en su favor.

— Es Coco Calleux el que vm. quiere decir.

— Sí.

— ¡ Ah ! ¡ yo tambien lo quiero mu-

cho.... ¡pero ese pobre niño! desde que se murió su madre, lo pasa mal,.... su abuela es dura y mala, y su padre un borracho; quieren que el niño que no tiene mas que seis años trabaje ya.... ¿Es eso posible?... y con frecuencia no le dan mas alimento que pan.... ¡y á mucha dicha cuando no le han pegado á la hora de cenar!... Así es que en el lugar no queremos á ese borracho de Calleux. Y si la cabaña de Coco no estuviera un poco lejos del pueblo, ¡ah! yo aseguro á vm. que estaria con mas frecuencia en nuestra casa que en la suya.

— Pues bien, Dionisia, tenga vm. la bondad de cuidar de ese niño, para comprarle lo que necesite.... en fin haga vm. mis veces para con él. ¿Quiere vm?

— ¡Oh! con mucho gusto, señor.

— Vaya pues, tome vm. esta bolsa y disponga vm. de lo que contiene en favor de mi niño proejido; cuando se haya concluido le daré á vm. otra, y aprobaré siempre el uso que haga vm. de ello.

— ¡Ah! ¡señor! ¡qué buen corazon tiene vm!... Qué contenta estoy... pero tanto dinero.... habrá para mucho tiempo con él.

— Vm. quiere darme ese gusto, ¿es verdad?

— ¡Si quiero! ¡Vaya! ¡par diez!... ¡Yo lo creo! ¡hay cosa mas agradable que encargarse de hacer un bien!... Quien podria negarse á semejante comision... Oiga vm., señor, es necesario que yo lo abrace.... ¿quiere vm?

— ¡Pues no he de querer, Dionisia!

Habia ya rodeado Augusto con sus brazos á la joven y dadole mas de un beso en sus mejillas; que ella le presentaba con gusto, cuando se oyeron á un mismo tiempo un grito y una cargada de risa. Se volvió Dalville y se halló con las señoras Destival y la Tomasiniere que estaban detras de él.

— ¡Oh! ¡y ahora! ¡Esto es demasiado! dijo madama Destival, adelantándose con un talante airado hácia Dionisia, mientras que Atalia continuaba riéndose, pero de una manera forzada, diciendo: ¡Esto es delicioso! Qué, ¿hasta con las lecheras?... ¡Ah!... no se me olvidará jamas!... el cuadro era verdaderamente campestre...

No se habia turbado Dionisia, porque no creia que la pudiesen hallar culpable, y miraba á las dos señoras con sorpresa, procurando adivinar de donde podian nacer la alegría de la una y la cólera que brillaba en los ojos de la otra, teniendo siempre en la mano la bolsa que le habia dado el joven.

— ¿Qué hace vm. aquí? dijo madama Destival dirijiendo á la lecherita miradas desdeñosas.

— Señora, ya lo ve vm., traia quesos y leche como acostumbro.

— Yo no le he encargado á vm. quesos, fuera de que sus quesos de vm. son agrios, ya no los quiero. En cuanto á la leche, le echa vm. la mitad de agua, yo la haré tomar á otra que á vm.

— ¡Agua en mi leche! exclamó Dio-

Paul Hernandez

232

LA LECHERA

nisia, á quien asomaban las lágrimas á los ojos al oír tratar así su mercadería. ¡Ah! ¡señora! ¡á la verdad vm. es la primera que lo dice!... y yo le juro á vm....

— Está bien, muchacha, basta, no quiero que vuelva vm. á poner el pie en mi casa.... Yo la creía á vm. honrada y juiciosa; á mí no me gustan las muchachas descocadas.

— ¡Descocada.... Pero, Dios mio! ¿Qué le he hecho yo á esta señora?...

— Ya lo hemos visto, muchacha, ... y cuando no, esa bolsa prueba lo bastante.

— Esta bolsa, señora, está destinada á un acto de beneficencia, á aliviar una desgracia.... Pero, ya lo veo, siempre se echa todo á mala parte... ¡Pobre

DE MONTFERMEIL.

233

Dionisia! yo soy la causa de que le hayan dado á vm. ese sentimiento!... Y cuando por casualidad quiero hacer una buena accion, piensan que procuro seducir á vm. ¡Ah!, señoras, ¡es el dinero un medio para hacerse uno amar de las lecheras!... Acuérdense vms. que no estamos en Paris.

Mientras que hablaba Augusto, se serenó Dionisia, enjugó sus lágrimas con la punta de su delantal y recobró bastante firmeza para responder á madama Destival: — yo no debo llorar por lo que vm. me dice, señora; porque no he hecho nada que poderme echar en cara. ¡A Dios! señor, me llevo su dinero de vm. y trataré de llenar bien sus intenciones.

Al acabar de decir estas palabras, sa-

ludó Dionisia á la compañía, y con el corazón todavía oprimido cojió su Pigardo y se alejó de la casa del hombre de negocios.

Madama Destival, que se encontraba con cierto embarazo, se volvió al jardín; Atalia se acercó á Augusto, y le dijo riéndose: —¿Vm. convendrá, caballero, en que la ha abrazado á lo menos seis veces consecutivas?

—No las he contado, señora.

—Parece que le agradaba á vm.

—Mucho, señora.

—Este caballero es franco por lo menos.

—Tal vez es esa mi única calidad.

—¿Y por qué la abrazaba vm.?

—Pues qué, señora, ¿no es bien linda?

—¡Linda! es posible... de esas toscas bellezas del campo.

—¡No tal! al contrario, tiene facciones extremadamente finas!

—¡Pero es una lechera!

—¿Qué diferencia encuentra vm. en una joven bonita del campo, y una joven bonita de la ciudad?

—Muy enorme; y la educación, y los modales, y el tono, ¿no cuenta vm. eso por nada? ¿Saldria vm. en Paris... ni aun en el campo con una lechera al brazo?

—No, señora, confieso que no seria bastante filósofo para eso; pero ponga vm. á Dionisia...

—¿Quién es esa Dionisia?

— Esta lecherita, señora.

— ¡Ah! caballero, con que ya sabe vm. su nombre.

— Sí, señora.

— ¡Pues bien! ¿qué quiere vm. que se le ponga á la señorita Dionisia?

— Un bonito sombrero, un vestido bien hecho, un buen schal...

— ¡Ah! tendria una gracia particular para llevar todo eso!

— ¡Eh! Dios mio, señora, todo eso lo hace la costumbre. Vm. misma, á pesar de todas sus gracias, se hallaria acaso atada con el tocado de una lechera. Lo que se adquiere, señora, tiene poco mérito; pero lo que no se da es la hermosura, la gracia, el talento, la dulzura de voz, del mirar, del sonreir, ese hechizo en fin que nos

embelesa, y que vm. posee en tal alto grado, señora.

— ¡Ah! vm. ha hecho muy bien en acabar así, porque sino me hubiera enfadado. Tiene razon madama Destival, ¡es vm. un mal sujeto!... un hombre peligroso. A propósito, espero, caballero, tener el gusto de volver á ver á vm. en Paris; doy continuamente bailes, y todos los jueves en invierno tengo tertulia.

— Señora, vm. es muy buena: pero el señor esposo de vm. no me ha dicho nada.

— ¡Eh! ¡Dios mio! ¿tiene él por ventura tiempo de pensar en convidar á nadie? está enteramente distraido y preocupado con sus especulaciones.....